

REPENSANDO EL TRABAJO

Prof. Dr. Miguel Alfonso Martínez-Echevarría

Departamento de Economía
Universidad de Navarra

Quiero agradecer al Instituto de Ciencias para la Familia por la invitación, y por darme la ocasión de pronunciar estas palabras. El tema, y no lo digo por los organizadores del seminario, me parece que es fundamental. Yo he dedicado mucho tiempo al estudio del trabajo, y tengo muchas cuestiones escritas sobre el tema, incluso he escrito un libro que se llama «Repensar el trabajo», y creo que la conciliación es un elemento clave para entender el trabajo.

Comenzaré adelantando una tesis muy sencilla: el tema de la conciliación puede ser importante o puede ser una tontería. Es muy importante si uno se da cuenta de que es solo un síntoma de una enfermedad muy grave, y en ese caso la cuestión es muy seria; pero por otra parte, puede ser simplemente una manipulación; dicho de otra manera, pensar que el problema es la mujer. El problema no es la mujer, ni la madre de familia, el problema es el trabajo. Sería un planteamiento gravemente erróneo pensar que el problema está en que la mujer tenga que adaptarse al trabajo. Es precisamente lo contrario, el trabajo tiene que adaptarse, no a la mujer, sino al hombre.

Es significativo que este tema se haya planteado con la entrada de la mujer al trabajo, y eso es importante porque mientras la mujer no estaba en el ámbito del trabajo, realmente no estaba trabajando el hombre, entendido éste como varón y mujer. Mientras solo estaba trabajando el varón, quien no trabajaba era el hombre, porque en realidad estaba mitad de él trabajando. Para mí es manifiesto que el trabajo en la modernidad, es decir a partir del siglo XVIII, es un

trabajo deformado, masculinizado. Uno de los grandes problemas de ahora es que no tenemos un trabajo exactamente humano. La cuestión fundamental es hacer una reflexión sobre este tema.

Los economistas, en especial si no son muy buenos, se preocupan por el cómo del trabajo, pero claro, el cómo no se entiende sin el qué, sin preguntarnos qué estamos haciendo. Los economistas preguntamos cómo lo estamos haciendo, en términos de eficiencia o eficacia, pero la clave es qué estamos haciendo. El trabajo no se puede realizar bien mientras no se entiende qué estamos haciendo. La reflexión fundamental es que la conciliación es un problema continuo en el hombre, no es simplemente un tema de cómo se tienen que organizar las empresas para que puedan acceder las mujeres.

Es importante entender que no se trata de hacerlo complicado, sino lo contrario. Me contaron un chiste de la guardia civil, cuando para y hace soplar para ver si se ha tomado alcohol. Resulta que habían parado a un conductor, que por lo que fuera parecía sospechoso, y el guardia civil le dijo: «Abra usted la maleta de atrás». La maleta tenía unos bolos y unas pelotas de colores, y el hombre se adelantó: «es que yo soy titiritero y mago, y lanzo las bolas al aire». El guardia civil, para comprobar que efectivamente eso era cierto, le responde: «A ver, hágalo». Entonces el hombre agarró las bolas y se puso a lanzarlas para arriba. Justo en ese momento, el compañero del guardia civil para otro coche, y al bajar el conductor y ver la escena, y este le dice: «Lo estáis poniendo muy difícil». Pues yo creo efectivamente que en el tema de la conciliación no se trata de poner cada vez más bolas en el aire, en ese caso «se lo está poniendo muy difícil». Es exactamente lo contrario, el trabajo bien hecho es un trabajo descansado, simple, alegre. El trabajo bien hecho es festivo, lo cual no quiere decir que no sea sufrimiento. La fiesta puede llevar sufrimiento, incluso la fiesta puede llevar lágrimas.

En este sentido, leía hace muy poco un libro de Pieper que se titula *Una teoría de la fiesta*, donde destaca que sólo la Iglesia celebra unas exequias, un funeral es una fiesta, con lágrimas, pero una fiesta

al fin. La esencia, lo fundamental para entender bien nuestro trabajo, está en comprender que el trabajo es la manifestación del hombre. Y dicha manifestación, o es alegre y festiva, o de lo contrario es un desastre, y por tanto el hombre se fractura, se destroza, se derrumba. Cuando uno hace mal un ejercicio, se deforma, se hace daño. Una de las cuestiones que hay en las lesiones deportivas, es que éstas son consecuencia de no hacer bien el deporte. Con el trabajo sucede exactamente lo mismo. Yo creo que el grave problema es la idea de poner cada vez más bolas en el aire; cuando, quizás, haya que poner menos.

En la modernidad resaltan dos grandes diagnósticos sobre el trabajo, que para mí son sensacionales, y, en el fondo, son el mismo. Uno lo hizo Carlos Marx y el otro Max Weber. En realidad, tiene que ver con un diagrama que hizo Aristóteles, quien, hablando del dinero dijo una cosa muy sencilla: que la moneda está en el centro y a los lados están las cosas (C-M-C). Es decir, en el intercambio, la moneda hace de puente entre las cosas. Yo tengo una moneda y la convierto en una cosa. Por ejemplo, si soy productor de tomates, los vendo, obtengo dinero y con él compro pan. Muy bien dice Marx que el grave problema del trabajo en la modernidad, resumiéndolo, ha sido el que voy a mostrar a continuación.

El trabajo para Aristóteles es el trabajo con sentido; yo quiero pan, necesito pan, necesito tomates, y en el fondo el dinero es superfluo. Si me permiten una experiencia personal, yo soy el hijo número diez de una familia numerosa, y de pequeño mi madre me decía: «se me ha acabado el vinagre, ve abajo y pídele a María que te de un vaso de vinagre, que ya se lo daré otro día». Mi madre sabía lo que es economía. Ella no quería dinero, quería vinagre. El problema de nuestra sociedad es que ahora hay una generación continua de dinero que es una deshonra, ya no se persiguen las cosas por sí mismas, sino el dinero (M-C-M). Aristóteles decía que esta conducta es acrásica. Acrásico es quien no se sabe contener. Como decía un sevillano: «yo voy con mi niño pequeño al hipermercado y es como ir con un mono, porque lo agarra todo, es un

acrásico». El niño pequeño es como un comunista que poco a poco se entera que hay que pagar. La acrasia es uno de los grandes problemas que tenemos ahora. Se está hablando de la crisis financiera, y esto pasa porque muchas veces este ciclo se dispara, el ciclo de la acrasia.

El diagnóstico de Marx dice que eso provoca alienación, es decir, me encuentro con que me han quitado algo. El problema del trabajo alienado, es el trabajo sin sentido, no se sabe qué estamos haciendo. Lo que dice Weber es que este tipo de trabajo es una racionalidad sin alma. Vivimos en una sociedad que lo que pretende es dinero. He dado antes el ejemplo del que pone bolas y más bolas en el aire, pues bien, no solamente la mujer, sino cualquiera puede darse cuenta de que este ciclo mata.

Ha dicho aquí el representante del Ayuntamiento que se necesita hacer muchas gestiones todavía. Yo no estoy tan seguro de que se necesite hacer tantas cosas. Para mí, lo que necesita la sociedad es descubrir lo importante. La Universidad no tiene que ser un sistema para acelerar la racionalidad, menos aún, ese tipo de racionalidad, que es positivista y que no va a ningún lado. Si lo hiciera, se mataría ella misma. La verdadera Universidad se dedica a lo permanente, a lo que tiene valor siempre. Es lo que yo siempre he dicho en Económicas: es necesario bajar el listón, disfrutar de la vida. Los pobres chavales están estudiando inglés, ruso, alemán, chino, hacen LADE, Derecho, con prácticas en el extranjero, tienen que saber mucho de clásica española... y yo les digo: ¿Por qué no son ustedes, sencillamente ustedes?

Yo creo que en el trabajo, la fuerza está en la persona y esta idea proviene de Occidente. Lo importante en el trabajo es la persona, la manifestación de la persona. En todos los pueblos semitas, el trabajo ha estado siempre unido, de manera inseparable, al concepto de descanso, en el sentido de que sólo descansa el que es feliz. Para muchos, el fin de semana es horrible. Hay gente a la que hay que darle asistencia psicológica el fin de semana, porque no encuentra qué hacer. La propia idea del tiempo libre es un agujero negro, es

horrible. El verdadero descanso es alegría, es una fiesta. La misma palabra jubilación, que ahora le provoca calor a la gente, teóricamente significa *iubilatio*: alegría. Pero claro, uno se puede jubilar con alegría si tiene motivos. Por eso hay gente a quien le produce pánico la jubilación, porque no tiene motivos para estar alegre. Para ellos lo importante es el dinero que están haciendo. En todos los pueblos antiguos siempre se ha unido al trabajo la idea de descanso. Por ejemplo, en el Génesis se dice que Dios va trabajando y, al séptimo día, descansa. Lo importante de esto es destacar que el trabajo tiene un sentido, y uno puede preguntarse entonces cuál es el descanso de Dios, en un sentido antropomórfico claro. ¿Por qué descansa Dios?, porque Él va diciendo: «lo que voy haciendo es muy bueno, muy bueno». Ese es el sentido del trabajo, ver que bien me va quedando, eso es la satisfacción.

A mí me gusta mucho ver preparar la comida, en especial la comida buena. Recuerdo que mi madre, sentada en la fiesta de Navidad, se convertía en gerente de la General Motors. Con esto quiero decir que, gran parte de lo que yo soy se lo debo a mi madre, que supo dar unidad y sentido al trabajo. Lleva mucho tiempo preparar la comida, y se consume rápidamente. Pero en los ojos de la persona que lo ha preparado se nota lo feliz que está, seguramente piensa: «mis hijos están disfrutando lo que he preparado, están encantados». Ese es el sentido del trabajo. El trabajo siempre está encaminado a decir: «que bien», y conlleva siempre una afirmación de verdad. Si no lleva a esta afirmación, el trabajo es horrible, hay que inyectarse para ir al trabajo; y no estoy diciendo ninguna broma. Hay mucha gente que necesita, por ejemplo, desahogarse en el alcohol o las drogas por el exceso de trabajo. El tema fundamental es el sentido profundo del trabajo.

El tema de la conciliación hay que entenderlo muy bien. La incorporación de la mujer al trabajo es algo muy bueno, es como decir, que había algo en el trabajo que estaba mal hecho. En el siglo XVIII quien trabajaba era la familia, no había esa separación. Eso de que el marido es el que se levanta por la mañana para traba-

jar es propio de la modernidad. Yo les digo a los estudiantes, para ustedes la Edad Media son las películas del *Fair West*, eso para ustedes es la antigüedad clásica. Pero si ustedes ven las películas del Oeste, aparece una familia trabajando, se reúnen todos juntos. Decir que el que trabaja es el hombre quiere decir que el que trabaja es la familia, y por tanto es la unidad familiar la que trabaja. Esto hay que enseñárselo al niño pequeño, que está metido en una unidad de trabajo, claro que el niño lo hace a su manera. Ahora está de moda decir que los niños no tienen que trabajar. Al niño no lo puedes poner a cargar sacos, pero si tiene que acostumbrarse a entrar en el trabajo de la familia. La madre es la que le enseña qué puede hacer, le dice qué tiene que hacer, ella le entrena y así aprende a participar en la vida del trabajo.

Ahora en este tema yo no voy a dar soluciones, porque las soluciones surgen en la práctica, en la experiencia. Yo siempre les digo a mis estudiantes que mi idea no es transmitir soluciones concretas, sino ideas claras. Porque las ideas claras llevan a las soluciones concretas. Quien tiene las ideas claras puede con facilidad hacer bien las cosas.

El problema del mundo moderno está en gran parte relacionado con la reforma protestante de Martín Lutero y de modo más concreto con el calvinismo. Uno de los libros importantes de Max Weber es: *El ethos protestante y el espíritu del capitalismo*. Lo esencial del trabajo moderno, según Lutero, es que el hombre está radicalmente corrupto. Sus obras no tienen mérito, cara al cielo, no sirven para nada; solo la fe sirve. Todo lo que hace el hombre está estropeado. Decir esto es terrible. Lo importante es darse cuenta que la clave fundamental para nosotros es que el protestantismo en el fondo ha hecho una ruptura terrible entre la Creación y la Redención. Es como si Dios borrara todo y volviera a empezar. Y Dios no hace esto. Él siempre va diciendo: que bien está esto. Y lo sigue diciendo aun después de que el hombre se vuelva contra Él. Por eso mismo sigue diciendo que vale la pena redimir al hombre. La gran tragedia del protestantismo es que dejó sin sentido las obras, en lo humano. Marx es un judío muy influido por el protestantismo, un judío trai-

dor. Sus ideas no dejan de tener un veneno terrible, y ¿cuál es este?, que las obras no pueden ser santificadas, que no tienen mérito. Y siguiendo esta idea, si las obras no tienen ningún mérito, por lo menos que sirvan para hacer dinero, «ya que no podemos santificarnos por lo menos hagámonos ricos».

Una cuestión muy importante cuando se habla de la conciliación, y en esto hay que hablar con gran claridad, es que la única manera realmente de entender el trabajo es ir a su rentabilidad. Yo he dedicado mucho tiempo a pensar sobre una famosa homilía que dio el fundador de esta Universidad, en la que dijo una cosa que para mí es muy importante, que es casi una contestación a Lutero, y que está en el núcleo de esta Universidad. Dijo: «hay un algo divino que se esconde en las cosas mas sencillas, en las cosas más corrientes». Esto sirve para entender el trabajo. Es decir, en la realización de las cosas más sencillas está Dios. El problema es el aislamiento, la falta de trascendencia de las cosas, si quito la trascendencia ¿que me queda?, solamente me queda la causa material y la causa eficiente, pero me quedo sin la causa formal y la causa final, hablando, claro está, en lenguaje aristotélico. La culpa está en un excesivo alejamiento de Dios. Hay una clave para entender el trabajo, pensar que las obras no tienen valor porque Dios está alejado. Eso es un problema grave que tiene que ver con la situación que tenemos ahora, creer que Dios no puede estar en las cosas más sencillas. Hay otra frase en esa famosa homilía, mencionada anteriormente, que causó mucho revuelo y hubo gente que incluso criticó muchísimo al fundador de esta Universidad cuando dijo que hay un materialismo cristiano, un materialismo que no es ateo.

Las claves fundamentales para enfrentarse con los problemas actuales de nuestra sociedad, van por eso, por el materialismo. Hay que tener claro que el trabajo no es lo que dice Max Weber. Leerlo es terrible, uno acaba llorando, porque lo que está diciendo es que éste mundo gobernado por la racionalidad, nos hace vivir de forma cada vez más eficiente pero no se sabe hacia donde vamos. Es lo que decía antes, no se trata de poner mas bolas, sino de descubrir el sentido. Tenemos que volver a una racionalidad libre.

En la racionalidad con sentido evidentemente en el centro está el dinero. Una de las propiedades del dinero que decimos los economistas es la liquidez. Pero la liquidez es precisamente nada. Un tipo que solamente tiene dinero es un desgraciado. Contaban un chiste de un viejo millonario que cuando se confesó le dijo el sacerdote: bueno tiene usted que empezar a pedir perdón y a repartir sus bienes para desprenderse de sus malas acciones; el hombre contestó: «yo malas acciones no tengo ninguna, las he vendido todas». La idea de liquidez, un tipo líquido no quiere decir nada.

A mí me gusta mucho la liturgia porque en el fondo es expresión del trabajo. Esta es una frase que yo he aprendido de mi amigo Pieper, quien dice: «las fiestas auténticas son las litúrgicas». La Pascua, que es una gran fiesta, nos dice «éste es el día en que actuó el Señor, este día es un día de fiesta». Todo lo demás es aperitivo. Pero esto también lo decía el mundo pagano. Cicerón decía que no había posibilidad de fiesta sin algún tipo de dios. El hombre sólo no puede. Lo típico de la fiesta moderna es que se organiza, la fiesta verdadera no la organizo, me la dan. La fiesta verdadera es una sorpresa, una alegría. La fiesta es un don, jamás se puede organizar. Además las fiestas organizadas son aburridas, uno sale agotado, cansado, son un verdadero infierno. La verdadera fiesta es la que te la regalan.

Una de las claves fundamentales de la modernidad, que se deriva de este modo protestante de entender las cosas, es que para darle sentido a nuestro trabajo, hay que dotarlo de racionalidad. No hay que entregarle la iniciativa del trabajo a las escuelas de negocios, lo digo abiertamente, no. Para todos los estudiantes lo ideal es ir a una escuela de negocios o ser broker, y yo les digo «¿pero no te das cuenta hijo mío, que vas a ser un desgraciado?». No por ser broker ni por ir a una escuela de negocios, sino porque has perdido el sentido, te has hecho liquido, y no puede ser. Lo importante es poder transmitirle a la gente la verdadera racionalidad. Un amigo de una escuela de negocios dice que la sociedad la tienen que organizar los empresarios, y yo digo que los empresarios no saben nada, y lo digo con mucho cariño y sencillez. El alma de una sociedad no está en los empresarios, yo prefiero mil veces más que esté en las manos de las

madres de familia que de los empresarios, pero mil veces más. La conciliación es muy importante, la presencia de la madre de familia en el trabajo es una característica de eso.

Yo suelo regalar a los estudiantes que hacen el doctorado conmigo, un pequeño búho, un búho navarrico, que lleva puesto el pañuelo rojo de Sanfermines. El búho es el símbolo de la sabiduría, es Minerva, que salió de la cabeza de Zeus. ¿Y por qué es el símbolo de la sabiduría? El búho es un animal que gira la cabeza y da la impresión de que te habla y te mira, la mirada del búho es impresionante. Es el símbolo de la prudencia, el prudente es el que mira alrededor. Yo recomiendo leer el tratado de Santo Tomás sobre la prudencia, es impresionante. Una de las cosas a las que se refiere es la *circumspectio*, es decir, ver todo, el realismo. Ahora están muy de moda los consejos de administración, pero como decía un amigo, los consejos de administración son mudos, amnésicos y siempre están mandando, siempre están diciendo: necesitamos encontrar un tipo independiente. Encontrar un tipo independiente es una joya, puesto que un amigo es el que verdaderamente te dice lo que está mal. Ahora lo estamos viendo en España, con un partido político que está haciendo las cosas mal, todo el mundo se está peleando, y muy poca gente se atreve a decir las cosas claras. Por eso decía que es muy importante que sea la familia la que se incorpore, porque todo el trabajo tiene que estar orientado a la familia. Al final de cuentas, y esto lo dice Marx que alguna claridad tenía, el producto más importante del trabajo es el hombre mismo. En el fondo, Marx es un profundo aristotélico, pero muy profundo aristotélico.

En el mundo griego se hablaba de la *poíesis* y la *praxis*, voy a explicar de qué se trata con un ejemplo. Hace unos años, cuatro o cinco, estaba en Guatemala, en una conferencia de empresarios del gremio de los azucareros, y me preguntó un empresario si había visto una zafra. Yo le dije que no y que me encantaría verla. En la zafra se corta la caña y se hace la melaza. Bajé con él a la zafra y había ahí trabajando unos tres mil muchachos. Cortaban a mano la caña y en el descanso estaban jugando al fútbol. ¡Con el calor que hacía ahí! ¡Qué gente más dura!, pensaba yo. Me enseñaron

las instalaciones y de repente me encontré con una escuelita. No es normal que una empresa tenga una escuela. El empresario me explicó que la mayoría de esos muchachos no sabía leer ni escribir, y cuando los ingenieros, que son también jóvenes, escriben las instrucciones y se las pasan, los trabajadores no se atreven a decir que no saben leer ni escribir, porque es lo más humillante para una persona. Entonces al final se crean confusiones en el trabajo y por eso se contrató un maestro, me explicó el empresario. Pero resulta que al año siguiente, por esas cosas de las fluctuaciones del mercado internacional, el precio de la azúcar bajó. Por tanto había que reducir costes, y cuando un empresario dice que hay que reducir costes es porque no tiene dinero. Pero, ¿quién es el que sufre con esta reducción?, pues el más débil, por eso echaron al maestro, que no tenía ninguna culpa. A los tres días de haber dicho que se cerraba la escuela, una comisión de trabajadores se presentó ante el empresario y le dijeron: «mire señor, preferimos que nos baje el sueldo a que eche al maestro». El empresario reconoció que le habían dado una lección. Ellos dijeron: «la plata que nos paga se nos puede ir en el ‘tomar’, como dicen ellos, o que nos la quite la mujer. Pero leer nunca se nos olvidará, eso, ni borrachito nos lo quitan». Eso, es la *praxis*.

En el trabajo la *praxis* es lo que queda en ti. La *poiesis* es lo que queda fuera. *Poiesico* es lo que he construido, la estructura. Pero la *praxis* es lo que está en ti, eso que «ni borrachito te lo quitan». Esa es la esencia de lo que hay que enseñar a la gente en el trabajo. Yo les digo a mis estudiantes que cuando acaben su carrera vayan a trabajar a una empresa donde aprendan, donde se enteren de lo que está pasando. No ir a lo seguro. Esto es muy importante. Porque la presión sobre los muchachos jóvenes es tremenda. Ahora se dice que el varón colabore. Mi madre antes decía: los niños fuera de la cocina, y ahora te dicen que hay que entrar a la cocina. Aclarémonos entonces. Es muy importante el papel de las mujeres, de las madres que tienen que formar a los empresarios, porque a los empresarios los forman sus madres, cuántas veces tengo que decir eso. En un país no hay empresarios cuando las madres son gente floja. ¿Cómo van

a salir empresarios con esas mamás, si al niño lo están protegiendo constantemente? Me contaba un navarro, buenísima persona, que a él le ha tocado llevar mulos tirando el tronco por el Pirineo. Y su hijo, antiguo alumno de esta Universidad, ahora es notario de un pueblo. El padre estaba orgullosísimo de que su hijo fuera notario. Este hombre bajaba un día por la meseta, donde van a hacer las casas, y me dijo: «yo me doy un paseo cuando puedo y me voy hacia arriba, ahí tengo un amigo que cuida ovejas, en la ciudad no sé de que hablar pero con el pastor, sí». Y le dije al pastor: «mire usted, yo estoy muy satisfecho de que mi hijo sea notario, pero yo tengo que decirle que vengo de una familia de muchos hijos, y un día mi padre me llamó y me dijo que tenía que buscarme mi camino porque él no me podía ayudar». Bueno, es un ejemplo de lo que digo de la potencia de las personas. Este hombre no hizo un master en Harvard, pero se dedicó a tirar de las mulas, y a hacerlo bien. Lo importante es que hizo lo que tenía que hacer.

Estos proyectos democráticos, de igualdad, que aunque curiosamente son tan falsos, son un modelo importante respetar, porque todos los trabajos son enormemente importantes y hay que saberlos respetar. A mí me gusta mucho cuando aquí en la Universidad, durante las jornadas de protección, acude la jefa del servicio de limpieza y les da una charla, me parece importantísimo. Las grandes dificultades de nuestra sociedad están en la familia, si tenemos trabajo malo es que la familia no va bien. La gente piensa que es la empresa, y yo les digo «si la empresa no sabe nada, los empresarios son como niños pequeños», lo digo de verdad y no los desprecio en absoluto. Pero es más sencillo dirigir la Telefónica que a cinco niños pequeños, allí puedes despedir al trabajador, pero a un niño no lo puedes despedir de tu casa. Este es el tema.

Me interesa, en estos últimos cinco minutos establecer conclusiones sobre el tema de la conciliación, el cual creo está muy bien planteado. Primero creo que la solución a este tema, es una cuestión de fondo, no es sólo una cuestión operativa o técnica, es una cuestión antropológica. Todo el tema de la conciliación es que varón y mujer, que constituyen una familia, entiendan cuál es el sentido del

trabajo. En el mundo que tenemos ahora hay muchas mujeres que están entrando al mundo de trabajo equivocadamente, están masculinizándose, se están equivocando y además lo van a pagar muy caro; de hecho, ya lo están pagando.

La segunda idea que quiero señalar es que el mundo de las empresas no es una racionalidad como esos montes que están atrás, sino que basta simplemente una conciencia social que diga, «mire usted, esto debe funcionar de otra manera». Cada persona que está en un sitio debe saber qué hacer, pero tiene que decirlo. A mis estudiantes les digo que yo, además de economista soy doctor en física, y tengo una ventaja realmente, porque sé matemáticas. La gente tiene un deslumbramiento ante la matemática. Yo fui el primer Decano de la Facultad de Económicas y propuse hacer un montón de cosas, aunque nunca me han hecho caso, y siguen sin hacerme caso. Entre otras cosas, propuse que esta facultad no se llamara de «Ciencias Económicas», puesto que la economía no tiene nada de ciencia, y lo digo sinceramente, aunque la gente se escandalice. Hay una idea de que la racionalidad circular, la matemática, es la que tiene que gobernar nuestro mundo; y esto no es verdad, es precisamente al revés. A mí me gusta mucho una frase dicha por un gran matemático francés, que dice: «la matemática comienza cuando acaba el cálculo». Y yo digo lo mismo, «la economía comienza cuando acaba el cálculo». Esto es, cuando se da la fase creadora.

Hemos escuchado el mensaje del representante del Ayuntamiento, el problema es que muchas veces estas personas van a la inmediatez. Los universitarios somos los que miramos desde la montaña, subimos a la montaña y miramos a lo lejos. A mí me gusta mucho un libro precioso de Martin Bubber, titulado *Moisés*. Es una pena que no esté traducido al castellano porque es una joya de libro. Trata sobre la vida de Moisés. Moisés es un tipo que toda la vida estaba en la montaña, como los grandes hombres, luego baja y se encuentra el circo allá abajo. Ahora no se sabe por donde vamos. Es muy importante que haya reflexiones sobre las políticas familiares en un Instituto como este. Además, las autoridades deben preocuparse por estas cuestiones, al igual que los empresarios deben dar soluciones

concretas. Yo siempre les digo a los empresarios, «vosotros y yo nos entendemos muy bien porque nos expresamos nuestros planes, aunque vosotros estáis en la resolución de los problemas, y, afortunadamente, yo no. Y es muy bueno que eso esté separado, yo no les voy a dar soluciones concretas y vosotros no tenéis que pensar, porque si tenéis que pensar hundís la empresa». Y entonces se podría escribir un libro que se llame: «Cómo hundir la empresa en quince días». Claro, los empresarios, tienen que estar en la inmediatez de la resolución de los problemas. En el Instituto de Ciencias para la Familia pienso que tenéis que subir a la montaña. Parte de la actitud de los universitarios es subir a la montaña, ver y luego bajar. Moisés lleva las leyes y dice «pero si han hecho todos un becerro de oro, están todos en la escuela de negocios, tenemos que resolverlo».

La gente acusa a la Universidad de que no está preparada para servir a los empresarios. Pero sí es buena, afortunadamente. No creo que la función de la Universidad sea preparar a los estudiantes para trabajar inmediatamente en las grandes empresas. Cada vez son más los empresarios que me dicen: «tú, envíame gente que sepa leer y escribir, y yo haré lo demás». Entiendo lo que me quieren decir: gente que tenga la cabeza sobre los hombros, gente que sepa pensar. Yo creo que la transmisión del problema de la inmediatez sería un buen proyecto para este programa. Y con esto he concluido. Muchas gracias.